

en la del nuestro, y por eso fué hecho *como manso cordero delante de los que le maltrataban*. Y esta cárcel le hizo estar quedo en la cruz; porque muy mayores y más recias fueron las cuerdas y prisiones de nuestro amor, que los clavos y sogas; que le apretaron, aquéllos al cuerpo, y el amor al Corazón. Y, por tanto, átese nuestro corazón con su amor, atadura de salud, y no queramos tal libertad que estemos fuera de su cárcel; porque así como está mal sano el que de su amor no está herido, así es mal libre quien de su cárcel no está preso.

No le resistamos ya más; dejémonos vencer de sus armas, que son sus beneficios, con los cuales quiere matarnos, para que vivamos con Él; quiere quemarnos, para que, consumido este hombre viejo conforme a Adán, nazca el hombre nuevo por el amor conforme a Cristo; quiere derretir nuestra dureza, para que, así como en metal líquido con el calor se imprime bien la forma que quisiere el artifice, así nosotros, tiernos por el amor, que *hace derretirse en oyendo hablar al Amado* (*Cant.*, 5, 6), estemos muy aparejados y sin resistencia, para que Cristo imprima en nosotros la imagen que Él quiere; y la que quiere es la del mismo Cristo, que es la del amor; porque Cristo es el mismo amor, y Él nos mandó que *nos amásemos como Él nos amó* (*Jn.*, 15, 12). Y San Pablo (*Efes.*, 5, 2) nos dice que *andemos en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros*. De manera que si no amamos, desemejables estamos a Él, tenemos ajeno rostro, no le parecemos, somos pobres, desnudos, ciegos, sordos y mudos y muertos; porque sólo el amor es el que aviva todas las cosas, y él es el que es cura espiritual de nuestra ánima, sin el cual está ella tal, cual está el cuerpo sin ella. Amemos, pues, señor mío, y viviremos; amemos, y seremos semejables a Dios, y heriremos a Dios, que con sólo amor es herido; amemos, y será nuestro Dios, porque sólo el amor es el que aviva todas las cosas, y él es das las cosas, pues que todas nos servirán, según está escrito (*Rom.*, 8): *Los que aman a Dios en todas las cosas tienen buen fin*. Si este amor nos aplace, pongamos la segur de la diligencia a la raíz de nuestro amor propio, y hagamos caer a este nuestro enemigo en tierra.

5. ¿Qué tenemos de nosotros? Pongámonos en Dios, no hagamos caso de nos, mas de Dios; no nos

duelan nuestras pérdidas, mas las de Dios, que son las ánimas que de Él se apartan. Y porque es dificultoso dejarnos de amar, echemos lágrimas con que sea fácil de cavar esta tierra. Gimamos a Dios de lo profundo de nuestro corazón; que nuestras lágrimas hieren a Dios, aunque ellas son tiernas, y Él es omnipotente. Pensemos buenos pensamientos, porque, como dice David (*Ps. 38, 4*), *Es una fragua de fuego mi pensamiento.*

Sobre todo, metámonos, y no para luego salir, mas para morar, en las llagas de Cristo, y principalmente en su costado, que allí en su Corazón, partido por nos, cabrá el nuestro, y se calentará con la grandeza del amor suyo. Porque ¿quién, estando en el fuego, no se calentará, siquiera un poquito? ¡Oh si allí morásemos, y qué bien nos iría! ¿Qué es la causa por que tan presto nos salimos de allí? ¿Por qué no tomamos estas cinco moradas en el alto monte de la cruz, adonde Cristo se transfiguró, no en hermosura, mas en fealdad, en bajeza, en deshonor? Las cuales moradas nos son otorgadas, y somos rogados con ellas, siendo negadas a Pedro las tres que pedía (*Mr., 9, 4*).

Y si algún poquillo de fuego en nos se enciende, guardémoslo bien, no nos lo apague el viento, pues que es poco; cubrámoslo con ceniza de humildad, y callar y esconder, y hallarlo hemos vivo; y echemos cada día leña, como Dios mandaba que el sacerdote hiciese (*Levit., 6, 12*), la cual es hacer buenas obras, huyendo de perder tiempo.

6. Y sobre todo alleguémonos al fuego que enciende y abrasa, que es Jesucristo nuestro Señor, en el Sacramento Santísimo. Abramos la boca del ánima, que es el deseo, y vamos sedientos a la fuente de agua viva; que, sin duda, poniendo la miel en la boca, algo gustaremos; y el fuego en el seno calentarnos ha. Y después y antes de comulgar tengamos algún aparejo; y los mejores son la fe cierta que vamos a recibir a Jesucristo nuestro Señor, y el pensamiento y amor de su Pasión, pues en su memoria se hace. Y así recreados, aparejémosnos para comulgar otra vez; porque quien entonces se apareja solamente a ella, muy pocas veces se hallará aparejado. Corramos, pues, tras Dios, que no se nos irá; clavado está en la cruz; allí le hallaremos muy cierto; metámosle en nuestro corazón, y cerremos las puertas de él, porque no se nos vaya. Muramos a las cosas visibles, pues las hemos

por fuerza de dejar. *Renovémonos con novedad de espíritu* (Efes., 4, 23), pues tanto tiempo hemos vivido en vejez. Crezcamos en conocimiento y amor de Cristo, que es Sumo Bien.

7. Y todo esto se alcanza con humilde oración y con perseverante cuidado. Más se recibe en el ánimo, que se hace del (1) ánimo; más es ser movida y dispuesta, que obrar ella de sí. Y, por tanto, quitemos los impedimentos nosotros, y soseguremos nuestro corazón dentro de nos; esperemos allí a Cristo, el cual *entra, las puertas cerradas*, a visitar y alegrar sus discípulos, y sin duda será con nosotros, porque de Él dice David (Ps., 9): *Oyó el Señor el deseo de los pobres, y el aparejo de su corazón oyó su oído. Y pues Cristo principalmente ha de obrar esto en nosotros, no hay por qué desconfiemos; mas fuertes en la fe de tal guiador, comencemos con fervor esta carrera, que lleva hasta alcanzar a Dios.*

Y si luego no pudiéremos sujetar nuestro corazón como queremos, sufrámosle en paciencia, hasta que *Dios se levante y caigan todos nuestros enemigos* (Ps., 67, 2), hasta que *despierte y mande a la mar que esté queda*; mas quiere que tengamos nosotros confianza en Él, aun entre las grandes tentaciones, aunque ya se quiera la navecilla hundir. Por tanto, no titubeemos, no desmayemos, no penemos a otros por el enojo que nos causa esta guerra continua de habernos de vencer. Algún día vendrá que *ponga Dios nuestros fines en paz* (Ps. 147) y *durmamos sin que haya quien nos despierte*. Y ya que no alcancemos esta tal paz luego, más vale que andemos sudando y peleando por desarraigar nuestras pasiones, que estar en sosiego por no querer seguir la perfección, y contentarnos con vida de tibios. Sin duda es muy grande parte de la perfección el trabajar de verdad por alcanzarla. Desconfiemos, pues, de nos, y confiemos en Dios, y comencemos en virtud del Omnipotente; y nuestro principio sea humildad, figurada en la ceniza, y nuestro fin sea el amor, figurado en la Resurrección; y así tendremos buena Cuaresma y buena Pascua.

8. A todos esos señores beso las manos, y me encomiendo en sus oraciones, y que les suplico que amen mucho a Dios y al prójimo, para que en el día del examen sepan bien responder, y les den el grado de

---

(1) *Del alma*: por el alma.

laureados, y sean recibidos en el colegio de los Angeles y de los Santos, adonde para siempre aprendan del Libro de la Vida, que es Dios; el cual estará abierto delante de nuestros ojos para que le conozcamos y amemos y para siempre poseamos.

Jesús sea con vuestra merced.

75.—A TELLO DE AGUILAR (1).

*Exhortándole al amor de Dios y enseñándole los medios para alcanzarlo.*

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

Señal muy clara es de no amar, afligir sin compasión al que ama. Creo que vuestra merced y la señora doña Leonor piensan que tengo yo el corazón de piedra o de hierro, pues que tan sin duelo se quejan de mí con palabras que me dan tormento. Certifico a vuestra merced que los amo tan tiernamente, que más he menester consuelo de como no les voy a servir, que no reprensiones y quejas. Pero ¿qué haremos, que hemos de negar nuestra voluntad por la de Dios? En la cual tengo yo confianza firme que me guía por quien Él es en la predicación de su palabra, pues es negocio que Él tiene tanto a su cargo, por tocarle en cosa que tanto ama, que son las ánimas. No lastimen, pues, ya al que tiene trabajo por disimular su pasión, y se hace fuerza por no amar tanto, a lo menos por no recibir tanto las impresiones que causa el amor.

Pero ¿qué hago? Gasto tiempo en rogar que no me den pena. Creo que yerro en ello; que más quiero que ellos descansen en quejarse de mí, si en ello aplacan su pena, que excusar a mí del trabajo que sus quejas me dan. Plega a Dios y tanta merced me haga a mi pecador, que por el bien de esas ovejicas, yo ponga mi vida; que aquel sería descanso mío, aprovecharles en algo.

---

(1) Así se deduce por la mención que hace de la señora doña Leonor [de Inestrosa], familia queridísima del P. Avila, en Ecija. (Véase Granada: VIDA DEL P. AVILA, p. 3, cap. IV, § 6.) Esta Carta no se lee en las ediciones modernas.

Oh, ¿cómo nos detenemos en palabras, teniendo tanto bien de que gozar como es Dios? ¿Por qué entendemos en otra cosa, pues en esto hay tanto que hacer? ¡Oh ceguedad de los hombres, que huyen del gozo, pensando que van a buscar algún gozo: vuelven las espaldas a quien siempre los querría abrazar y dar beso de paz! ¡Oh Dios nuestro, y amador de los hombres! ¿Cuándo tornaremos a Ti con crédito firme que nos quieres bien, y con ánima vacía de las nonadas de las criaturas, para que sea llena de Ti, oh descanso lleno de dulcedumbre, y hartura de los cielos y de la tierra! ¡Ay de nosotros, tan crueles para nosotros por perder tanto bien, y tan crueles para con Dios, pues no le queremos cumplir su deseo, que es de hacernos mercedes, y darnos besos de paz! El cual deseo es tan grande en Él, que creo, si Él pudiese padecer, le mataría, o le haría caer enfermo de amor. ¿Por qué afligimos a quien consolarnos desea? ¿Por qué huimos de compañía tan agradable? ¿Por qué quitamos los ojos de tal hermosura? ¿Por qué no queremos abrir nuestro seno, y recibir en él al que en cielo y tierra no cabe, para que, de hombres, nos tornemos divinos? ¡Oh maldita sea tal dureza y porfía y tan sin razón! Y ¿hasta cuándo ha de durar, y hemos de salir con la nuestra? Dejémonos ya vencer de las saetas de Dios tan amorosas; y siendo heridos, le heriremos a Él; y enflaquecidos, seremos fuertes; y muertos, viviremos; porque pasaremos de nosotros a Él, trocando nuestra nonada por su cumplimiento de bienes, los cuales comunica Él a quien le ama, pues de los amigos todas las cosas son comunes, y dando el corazón por el amor, todo lo demás va tras Él.

¡Oh codicia de los avarientos, y ¿dónde estás tan mal empleada si esto no sabes? Oyelo bien: que puedes ganar a Dios, si amas a Dios. Y si esto sabes y no vienes con la boca abierta, *como ciervo herido y sediendo a las fuentes de las aguas* (Ps. 41), muy necia eres, pues eres tan poca (2), que con tan poco te hartas. Amemos a Dios; amemos a Dios, y será nuestro Dios. ¡Oh Dios tan bueno, que de tan bueno, eres muy importuno, no en pedir que te den, mas en rogar que reciban, no oro ni plata, mas lo mejor que Tú tienes, que eres Tú mismo.

(2) *Poca*: chica, pequeña.

¿Qué os parece, oh hombres, de este don? ¿Pondréis en él alguna tacha, por achacosos y mal contentadizos que seáis? No podréis, por cierto; ninguna razón tenéis para no lo querer. Hermoso es, provechoso es, bueno, rico, sabio, piadoso, fuerte para pelear por ti, y blando para recibirte a ti, riguroso contra tus enemigos, manso en te sufrir y recibir, aunque tú eres grande enemigo, pues no le amas, habiendo tanta razón de le amar.

Mas dirá algún achacoso: No sé si querrá ser mío; que yo deseo le tengo.

Deja, por Dios, los achaques, que nacen o de pereza, o de poca fe. Pluguiese a Dios que abriésemos ya nuestros ojos, ciegos con la vista de las criaturas, y desocupados los vasos de los corazones, los pusiésemos a esta fuente de agua, que harta y refresca; y veríamos que si ahora no corre es porque está detenida, por no hallar quien quiera beber. La poca codicia y deseo es impedimento para que no corra; la mucha plática que en nuestros corazones traemos nos impide la habla de quien tanto desea hablarnos, y estos sentimientos devotos y ardores de amor, los cuales son sus palabras muy encendidas, que callando dan voces. Este, pues, sea nuestro cuidado y nuestro trabajo, apartarnos primero de le dar enojos, olvidar luego todas las cosas, por mejor acordarnos de Él, y olvidarnos, lo tercero, de nosotros mismos, pues somos una de las criaturas, todas las cuales conviene pasar, para del todo emplearnos en Dios. No nos parezca esto recio, pues lo menos de ello hemos de hacer nosotros. Lleguemos ya a nuestro Dios, desocupados los corazones acostumbrados a amar las criaturas, siquiera los tres raticos acostumbrados de la mañana, tarde y noche; y de día—quiero decir entre las ocupaciones—trabajemos de acordarnos de Dios; porque muy poca es la obra para impedir esta nuestra obra, si queremos darnos a ello y perseverar. No digamos: no puedo, a lo que no hemos probado. Mucho puede el uso y porfía, y sobre todo la gracia de Dios, que sale al camino de quien le quiere buscar. Enseñase Dios ciertamente a quien persevera a le buscar; porque, si no quisiera darse, no convidara consigo, pues es suma verdad que a nadie engañó. Metámonos en nuestro corazón y cerremos las puertas; que así entró Cristo a sus discípulos, y allí callemos, oyendo a Dios, que es mejor que hablar nosotros a

Dios; porque nuestras palabras suelen ser mentirosas, y las que hablamos, siendo habladas de Él, son verdaderas. Y siendo consolados y abrazados de Él, acordémonos de su santísima Ley, que es que como Él lo hace con nosotros, quiere que lo hagamos con nuestros prójimos.

No más; que pues *el fin de toda Ley y mandamiento es la caridad* (1 Tim., 1), razón es que lo sea de nuestra carta prolija, escrita con caridad. Trabajemos de nos enmendar, porque es ya vergüenza pasárenos los días, y no venirnos el seso.

Jesús sea con vuestra merced y con todos. Amén.

#### 76.—A UN SU AMIGO.

*Gratitud del maestro para con su amigo. Exhórtale a no desear sino el amor de Dios.*

1. Tres grados se suelen poner de la virtud del agradecimiento: El primero es conocer en el corazón el beneficio recibido; el segundo, alabarlo y contarle con palabra; el tercero, satisfacerlo con la obra, según la posibilidad de quien lo recibió. Y mirando yo muchas veces en el agradecimiento que a vuestra merced debo, me parece que de poco me remuerde la conciencia que tendré cerca de él. Porque así como la principal parte del beneficio es el amor puro, liberal y sin interés con que se hace, así lo principal con que se debe agradecer, es el mismo corazón grato y aparejado a hacer lo que pudiese con quien le benefició, para que así corresponda corazón a corazón, y haya igualdad. Que de otra manera, pagando con amor a quien no dió con amor. más le pagan de lo que deben; y pagando con obras solas a quien dió amor, no se le paga lo que se le debe. Y porque nuestro Señor me hace merced de poner en mi corazón tan presentes los beneficios amorosos que de vuestra merced he recibido, como si siempre los estuviese recibiendo, y me da conocimiento y agradecimiento de ellos, no me angustia mi pobreza en las obras, viendo tanta riqueza en el corazón. Y si me dijere que este agradecimiento es muy estéril, digo que pues yo no puedo más, y vuestra merced no me hace mercedes con esperanza de retorno, creo que no parecerá pequeño el servicio a quien ningún servicio buscaba.

2. Díceme que me acuerde de los hijos, que tanta necesidad tienen. Digo que pongo a Dios por testigo que sí hago, y no como quiera, mas muy en particular; sino que en el no sentir allá el provecho, veo yo cuán flacas son mis oraciones; lo cual no es pequeño desconsuelo para quien no tiene otra cosa con que pagar sino con ellas. Mas siempre osé confiar de nuestro Señor—por quien Él es—mirando a la caridad que vuestra merced siempre conmigo ha usado, ha de satisfacer conforme a su verdad y bondad, pues ha dicho (*Mt. 10, 41*): *Qui recipit prophetam in nomine prophetae, mercedem prophetae accipiet*. Cartas no escribo tantas cuantas parece que sería razón; mas, cierto, lo que allí faltó, en Misas lo pago; y creo que es truco que vuestra merced no se tendrá de él por engañado. Plega a Cristo me haga tanta gracia, que yo pueda, antes que de esta vida salga, enseñar a vuestra merced con obra cuán entrañablemente me tengo por deudor suyo en el corazón. De aquesto no más.

Pena siento de la ida del Padre Fray Vicente, por la falta que hará. Súplase su ausencia con añadir oración y lección; que por cierto tengo, que a quien esto sobra, de ninguna cosa siente falta.

3. Mire, señor, cuán peligrosa está la vida, y cuánto trabajo es menester para conservar esta centellica del celestial fuego, que no sea apagada entre tantos vientos de tentaciones, y entre tanta frialdad de ocupaciones como tenemos. Y si la candela se nos apaga, nos quedaremos a obscuras. Librenos nuestro Señor de, *habiendo tomado el arado del camino de Dios en la mano, tornar atrás* (*Lc., 9, 62*), dejando el buen camino que guía a la tierra de los vivos, y caminar a la de los siempre muertos. Librenos Él, que es *luz verdadera* (*Jn., 1, 9*), de parecernos mejor la vanidad que pasa, que la verdad que para siempre dura, y escoger un breve cumplimiento de voluntad y perder un eterno. Menester es, señor, en tiempo de tanta necesidad, suplicar a nuestro Señor que *nos quiera dar su verdad y su luz* (*Ps. 42, 3*), para que las tinieblas, que tan espesas andan como en tierra de Egipto, no nos cieguen el corazón, y hagamos obras vergonzosas, y que den temor para el día que todo ha de salir a luz. Deseemos, señor, al Señor por amigo; que no hay quien sin amigo pueda vivir. Que si no le deseamos, no le tendremos: que así como no vino al mun-

do hasta que fué muy deseado y rogado, así no viene al alma si no se ve muy deseado y rogado. Y por cierto con mucha razón; porque no es razón que se dé tal manjar a quien tiene fastidio de él. Perdido parece el bien en poder de quien no le conoce. Mal empleado estaría Dios en el ánimo, que aunque le tenga delante, no se le incita el apetito a le desear y amar.

¡Oh Bien sobre todo bien, y solo y suficientísimo Bien! ¿Y qué le sabe bien a quien Tú no le sabes? ¿En qué se deleita quien en Ti no halla deleite? Por fuerza quien en Ti no halla tomo, lo ha de hallar en lo que no tiene tomo; o por mejor decir, se queda sin hallarlo en cosa; porque al apartado de Ti no le puede encontrar sino falta y pobreza. ¡Oh deseo de los ángeles! ¿Y quién no te desea, y se muere de hambre de Ti, cumplimiento de nuestras faltas, y sobrado henchimiento de los más interiores senos y rincones de nuestras entrañas? Suspire a ti el extranjero, pues tú eres su tierra de tanto descanso. Búsqúete quien algo busca, pues quien te halla pone fin en buscar otras cosas. Gócese de Ti y por Ti y contigo quien es amigo de gozo, pues Tú sólo haces el ánimo tan de verdad gozosa, que así endulzas las congojas y las tristezas, como un fuego infinito abrasa y deshace unas muy pequeñitas pajas. Buscarte a Ti es virtud sobre toda virtud, y hallarte es bien sobre todo bien. No hay cosa que se le ofrezca a quien te busca, que le deba quitar de te buscar; porque no hay cosa que por Ti den, que no cueste, Señor, muy barato. Daban en otros tiempos de muy buena gana por Ti la salud que se perdía en las cárceles, la fama que se perdía en los pregones por las calles, la honra que se perdía en las deshonras o desprecios que en presencia se hacían a quien te confesaba; y perdían por Ti hacienda, tierra, hijos y mujeres y vida; y con sólo Tú, joya de valor infinito, se daban por bien pagados los que tantas cosas perdían; porque Tú solo eres en valor todas las cosas, y de todas pierde deseo, quien a Ti solo tiene.

4. Y ahora, Señor, aunque no haya aquel aparejo para poder así perder todas las cosas por confesión de la fe, hailo y muy grande para servirte en confesión de amor. Padecían de antes por no perder la fe; padecen ahora por no apartarse de tu voluntad. Y no sé si es más dificultoso guardar, entre tantos contrarios de dentro y de fuera, visibles e invisibles, prós-

peros y adversos, que nos quieren quitar de tu voluntad la firmeza de obediencia y caridad, que en otros tiempos lo era, entre manos de sayones, guardar sin desmayo tu fe. Aparejémonos a ser mártires de la caridad, pues no lo somos de la fe; y poniendo nuestros ojos en Aquel que en la cruz subió tan denodado para sufrir, corramos esta carrera con alegría, en cuyo fin está Dios puesto por joya, y quitando todo impedimento, alleguemos hasta el cumplimiento de la voluntad del Señor; que aquél es el centro donde ha de reposar nuestra ánima, si en algún lugar ha de estar. Llamemos cuando mal nos iuere a Aquel por quien peleamos; que no hallaremos descuidado para nuestro socorro al que nos convida a la guerra, y fué cuidadoso de nuestro bien con costa de su vida propia. Vernos tenemos delante el acatamiento de Dios; hagamos vida [tal], que *nuestra faz no sea confundida* en aquel día y para siempre avergonzada, mas llena de gloria con los que fielmente sirvieron y gloriosamente han de ser coronados. Amén.

#### 77.—A UNA PERSONA AFLIGIDA.

*Enséñale cuán bueno es el camino de la cruz, y los consuelos que el Señor da para llevarla.*

Yo no tengo por cosa nueva la que vuestra merced cuenta del trabajo en que está; porque cuando veo que Dios da alguna espiritual prosperidad a alguna persona, luego espero el contrapeso del trabajo que le ha de venir. Porque así como después de la tempestad viene serenidad, y después de las lágrimas alegría, así también después de la alegría vienen lágrimas. Que de otra manera, paraíso fuera esta tierra, y no cruz. Y como el Señor del cielo, viniendo acá, escogió esta cruz para con ella vivir y en ella morir, diéndonos a entender que era su voluntad y nuestra salud que imitásemos su vida si la queríamos ganar para siempre.

No aciertan los que piensan que da Dios aquí los consuelos y los regalos para que nos alcemos con ellos, no, sino para que esforzados con ellos, suframos la carga que nos quiere echar. Y por esto, algunos amadores de sí mismos—y por eso flojos—no quieren tratar con nuestro Señor, porque les parece que no

los deja gozar a su placer de lo que ellos querrian; y fingen amar a Dios y ámanse a sí. Y no entienden que el amor con sólo amor se contenta, y no se busca a sí mismo; y con tener contento al Señor, lo están ellos, mortificados a su propia voluntad por vivir a la de Él; porque dos vivos en un corazón no pueden estar, por ser la casa corta *y el estrado angosto, y no hay para dos*, como dice Isaías (28, 20). Así que, vuestra merced vaya adelante, y pase por agujero angosto de cruz, y cuanto más amare la cruz, tanto más gozo tendrá de [la] resurrección, no por deseo de gozos, sino de virtudes con que agrade al Señor. Mas Él no deja al ánima sin gozo cuando ve que no lo busca, ni sin galardón a quien no tiene mucha cuenta con lo que ha de recibir, sino con lo que ha de agradar.

No sea menester comenzar cada día de nuevo, que esto suele ser causa que no se acabe un negocio; sino responder con lealtad al Señor, y estar muy fiada de la lealtad de Él para los suyos, la cual ni se puede hablar ni pensar, si por experiencia no se prueba. Todo el saber del siervo de Dios es hacer la voluntad de Él, y a ojos cerrados esperar en Él. Y con esto está tan fuerte que ninguna cosa teme, ni ninguna le vence; y con esto vive alegre y confortado, no porque le falten ejercicios (1), sino porque no tiene angustia ni desmayo en el corazón. De los cuales era San Pablo cuando decía (2 Cor., 6): *Como tristes, mas siempre gozosos*. Y si alguna vez acaece ser dejado del Señor en manos de las tristezas, temores y desconfianza, no se turba, porque conoce la condición de nuestro Señor que así trata a los suyos, y que muchas veces les encubre el amor, mas no se lo quita, y los deja andar en la guerra solos, y *en la mar se les hace dormido*; para así llevarlos poco a poco a que aprendan a esperar el buen día en el tiempo del malo, y a no vivir en lo que sienten, sino en lo que de Dios deben confiar, y para que no pasen por este mundo sin cruz. Y como ellos tengan por pequeña la que toca en las cosas del mundo, hiéreles en el ánima, aunque no con pecados, con temores y desconsuelos que les nacen de no saber si agradan o no, y de cosas semejantes. Mas el fuerte amor que nos tiene le hace que en todo busque nuestro provecho. Y dichosos

---

(1) *Ejercicios*: trabajos.

nosotros que en manos de tal bondad caímos y a tal Señor conocimos.

Él es con vuestra merced, y será siempre; a Él gracias por ello y por todo. Amén.

Dios sea amor de vuestra merced.

#### 78.—A UNA SEÑORA

*Que se le habia muerto su marido comendador; consuéla, y dile que cuán poco hay que desear en esta vida, y cuánto aprovechan los trabajos a quien los sabe llevar.*

La gracia y consolación del Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced.

1. Muchas gracias sean dadas a Jesucristo por todo lo que ha hecho e hiciere, pues que *es justo en todos sus caminos y santo en todas sus obras* (Ps. 144, 17). No plega a su misericordia que otra cosa diga nuestra boca ni sienta nuestro corazón, sino confesar que es bien hecho todo lo que hace, aunque, según el parecer de los que poco saben, otra cosa parezca; del número de los cuales deseo que vuestra merced no sea, y confío en la misericordia de Dios que no será, mas que le dará gracia para que, por muchas tempestades que combaten su ánima, de las presentes, y de las que por venir se le representan, y la traerán turbada a una parte y a otra, no quite sus ojos de Dios y de su santa voluntad, que es el norte al cual hemos de mirar en la noche y mar de aqueste mundo, para aportar al puerto de salud, que no tiene fin.

2. ¡Oh señora! y si mirásemos las cosas como cristianos, que por ser discípulos de Cristo, habemos de conocer la verdad, y no como hombres sin luz, que lloran de lo que han de gozar, y ríen de lo que han de llorar. ¡cuán claramente veríamos que hace Dios merced, y mucha, al que de este destierro lo saca, y con lo que decimos «muerte» da fin a nuestros trabajos y a sus ofensas! ¡Oh vida tan falsamente dicha «vida», pues tantos trabajos y muertes engendras de cuerpo y ánima! ¿Y qué diré de tu engaño? Que si quien vive tiene trabajos, la misma vida le es muerte, y le es ocasión de impaciencia y de otros pecados; y si siente prosperidades, hácese vano y olvidadizo del Dador de la vida; y ésta es muerte, aunque *tenga*

*nombre de vida.* ¿Pues por qué había de ser amada una cosa que, cuanto más próspera viene, tanto más debe de ser temida? Bienaventurado aquel que ha escapado de tus lazos, que en todos los momentos y negocios tienes armados, no para llevarnos oro o plata, mas para cazar nuestras ánimas, más valerosas que oro ni plata; y son tales y tan sutiles, que ninguno por ti pasa sin ser enlodado, y tanto, que contar diez años de vida no es sino contar diez años de caídas y engaños y trabajos que hemos vivido. ¿Pues qué remedio para no caer en tus lazos? Por cierto, Dios lo da cuando nos saca de tu jurisdicción tan trabajosa y cruel, y nos pone adonde no sintamos tus combates ni alteraciones; mas libres de tu yugo hagamos gracias al que quebrantó nuestras cadenas y nos dió libertad.

3. No llore, pues, vuestra merced «la muerte» a solas, llore «la vida», y de gracias a Dios que le ha ya medio librado de aqueste cieno, y la librará cuando Él sea servido del todo. Digo «medio librado», porque el marido y la mujer una cosa es, y lo medio de vuestra merced que está fuera de aqueste mundo, está bien y en libertad; y lo medio que es vuestra merced, está acá en cautiverio y miseria. Y si bien siente cuán miserable cosa es vivir aquí, suplicará de corazón a nuestro Señor que lleve presto la parte de acá con la de allá, donde juntas y enteras, den gracias a Dios por haberlas librado de muerte, y puéstolas en el abismo de la vida, que es Dios. No esto por impaciencia o por desesperación, mas por deseo de no dar más enojos al que merece servicios, y por deseo de ver al que es toda luz y hermosura. ¡Oh luz que alegras a los que te ven, y así alegras, que ningún rincón dejas en ellos sin alegría! ¡Y cuándo gozaremos de tu hermosura? Que otra no sea nuestra comida, ni habla, ni riqueza, ni deleite, ni vida, sino ver a Ti y gozar de Ti. vida, manjar, tesoro, gozo y todo nuestro bien. ¿Qué nos detiene de ver esta deleitable visión? ¡Oh si pluguiese a Ti, que por amor de Ti, se nos tornasen amargos todos los placeres presentes, y nos fuesen dulces los trabajos de acá, porque son camino muy cierto para Ti, pues Tú fuiste aquí tan abundante en trabajos, y así entraste en tu gloria!

4. Señora, abramos los ojos y no queramos engañar a sabiendas a nosotros mismos. pues la verdad de Dios nos desengaña, que dice (*Act.*, 14, 21) que *por*

*tribulaciones* hemos de ir al descanso. Y no seamos como siervos mal criados, que cuando no se hace como ellos quieren, murmuran de su señor; mas fiemos del amor con que Dios nos ama, y diga la carne flaca lo que dijere, que la verdad [es] ésta: Que lo que Dios ha hecho en llevar al señor comendador, que sea en gloria, ha sido muy bien hecho para él y para vuestra merced. Para él, que pues él vivió y murió como cristiano, de creer es que Dios le dará galardón como a buen cristiano; y si no le da luego el galardón de cristiano perfecto, que es ver a Dios, a lo menos tendrá galardón de cristiano pecador y arrepentido, que es purgatorio, donde hay certidumbre de ver a Dios. Y verdaderamente creo que si oyésemos su ánima, nos diría: ¿Por qué me lloráis, pues yo estoy contento con lo que Dios de mí ha hecho? ¿Qué tenéis bueno en esa vida en la cual me queríades? ¿Hay otra cosa a que me podáis convidar sino a dolores, enfermedades, miserias de cuerpo y de ánima? Baste lo pasado, y sea bendito el que de ello me sacó; no lloréis a mí, mas temed vuestra vida, y hacedla tal que merezcáis ser presto sacados de ella, y gozar de la de acá. Estas cosas, señora, aunque otros no las creyesen, es razón que vuestra merced las crea, pues fué testigo de su largo purgatorio que en su enfermedad tuvo, y con tanta paciencia, que no sólo yo, mas cuantos le veían, daban gracias a nuestro Señor. Y *pues Dios no castiga una cosa dos veces* (Nah., 1, 9), razón es que esperemos que Dios será Padre de consolación en el otro mundo, a quien en éste fué Padre castigador.

5. Mas ya veo que vuestra merced dice que no duda en esto, sino que la pena que tiene es porque queda ella acá entre tantos trabajos: A lo cual digo que el mayor consuelo de quien ama es saber que le va bien a quien ama, aunque a él venga trabajo; y pues así es, vuestra merced debe tener esto por grande ganancia, pues fué para provecho de quien amaba. Y si bien quiere mirar, hallará que aunque le dejó nuestro Señor entre muchos trabajos, todo es para su provecho, pues a quien más trabajare, más galardónará. Y si se siente flaca para ellos, sea su fiucia en Aquel que tanto más favor de secreto da, cuanto más parece que quita en lo público. No está nuestro arrimo en carne ni sangre, que ya vive, ya muere; mas en Dios vivo, librador de los que en Él tienen esperanza, aunque

todos los demás les falten. Y si los fingidos amigos nos faltaren en las necesidades, no desmayemos; mas creamos que, en lugar de todos y por todos, basta y sobra este tan fiel, que mientras tuviéremos esperanza y amor en Él, no nos dejará.

6. Y aunque otra ganancia no se saque de las tribulaciones, sino ir más veces a Dios que íbamos de antes, no es pequeña merced, pues de la comunicación de Dios tanto bien nos viene. Estas sean las armas de vuestra merced en todas las guerras que le vendrán; éste es el consejero en todas sus dudas; éste su consuelo en todas sus angustias; éste su provisor en todas sus necesidades; su amigo, pariente, padre, marido y todo su bien. Y tenga una cosa por cierta, que no para otro fin le quita delante estas cosas, sino para que tome a Él en lugar de ellas; y tanto mejor le irá a vuestra merced con Él que con ellas, cuanto va de Él a ellas. Solamente ella vaya a Él, y con esperanza de su misericordia, que antes faltará agua en el mar y luz en el sol, que misericordia en Él para el corazón quebrantado y humillado. Y si vuestra merced quiere aprovecharse de Dios y recibirle, pues Él se quiere dar, yo sé que antes le dará gracias por lo que le ha enviado, que quejas. Recoja su corazón a Dios, y encomiéndese a Él con todas sus cosas.

7. Hágase dura para los trabajos, pues el delicado Hijo de Dios tantos trabajos tomó por nosotros; y cuanto mejor rostro les hiciere, más ligeros le serán de sufrir; y cuando mucho fatigaren, váyase a Jesucristo, y piense en el agonía que tuvo en el huerto, y en la palabra que dijo al Padre (*Lc., 22*): *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha*; y esta misma diga vuestra merced con el corazón y la boca lo mejor que pudiere. Y si considerare que esos trabajos no se los dió otro sino la bendita mano de Dios, creo que no le serán graves de sufrir, mas que le diría: Señor, pues Tú me los envías, yo los recibo, que no es razón que sea tan mal criada, que torne yo la cara a cosa por Ti enviada. Y pues los trabajos que un ministro de Dios nos pone en penitencia los sufrimos de buena gana, ¿por qué no de muy mejor los que Dios nos envía, aunque sean mayores, pues Él es mayor? No durará para siempre, ni andaremos siempre debajo la vara del castigo de Dios. Día vendrá en que arroje la vara y enojo, y nos abraza como a hijos queridos; y tanto más le seremos aceptos cuanto mejor

rostro y paciencia mostráremos entre los castigos. Poco es el trabajo que envía en comparación del galardón que a quien lo sufiere dará; y pues a los más trabajados más descanso se dará, merced hace mientras más envía, no mala obra. Seamos varoniles en el sufrir, seamos hijos verdaderos en el obedecer, que Dios será abundante en el galardonar, y hará verdaderas las promesas que en su nombre a los que sufren tribulaciones con paciencia promete.

Aquel Señor que es Padre de consolación, y sabe y puede y quiere confortar y consolar los corazones de los que a Él se encomiendan, dé a vuestra merced su favor y consuelo; pues que la Escritura dice (*Oseas, 6*): *Que Dios hiere y sus manos dan salud; y el que da la llaga, da la medicina.* A Él se den gracias y alabanzas siempre y en todas las cosas, y en todos los lugares del cielo y de la tierra. Amén.

#### 79.—A UNA DONCELLA.

*Astucias del demonio para sacarla del bien comenzado. Que ruegue con la paz a la persona enojada.*

1. Dios dé a vuestra merced tanta gracia cuanta yo le deseo, y cuanta es menester para perseverar en el bien comenzado. Porque bien sé yo que el demonio no ha de cesar de combatir por mil maneras, ya abierta ya solapadamente, para, si pudiera, destruir lo que Dios ha edificado. Unas veces pone gran desmayo en camino tan trabajoso, y amontona delante los ojos tantas cosas, que parecen insufribles, y que no hay remedio para las poder llevar. Y si la persona se quiere esforzar en Dios, confiando de su favor, procura de derribar esta confianza diciendo que no tiene Dios cuidado de aquestas cosas: Y cuando más no puede, hace entender que no sirve la persona a Dios, y que mejor le serviría en otra parte, y pintale los inconvenientes que de presente tiene, y los aparejos que en otra parte tendría; lo cual no lo hace él porque desee nuestro bien, sino por quitarnos el que tenemos, de lo cual recibe él pesar.

2. Mas aunque sus astucias sean muchas y grandes, más es la misericordia de Cristo, y su poder para nos ayudar y sacar vencedores, si nosotros no queremos volver las espaldas huyendo de la guerra. Diga-

mos a nuestro adversario, que los trabajos que delante nos pone no son tan grandes como él pinta; *que aun no hemos resistido hasta derramar sangre peleando contra el pecado*, como dice San Pablo (*Hebr.*, 1, 2); que mayores trabajos pasan otros por amor del mundo y de lo de acá; y por eso es razón que no sea para menos el que a Dios sirve, para pasar por Él, que el que al mundo para trabajar por él, pues el galardón del mundo es mal tras mal, y el de Dios es grandísimo bien tras pequeño mal.

3 Y si miramos la vida de nuestra Vida, que es Jesucristo nuestro Señor, habremos vergüenza de nos quejar, pues nunca le vimos sino pobre y huyendo en la niñez, o entre perseguidores cuando grande, o entre angustias de muerte que le hacen sudar sangre, y después remata su vida entre bofetadas, azotes, espinas, clavos y cruz. ¿Qué es nuestro trabajo cotejado con el más pequeñito de aquéstos? Y pues que-remos parte en el cielo con Él, no nos descontente su compañía en la tierra. Porque Él determinado está de no tener por compañero en su gozo, sino al que lo fué de sus penas; y su cruz quiso que fuese la puente por do pasásemos al descanso; y otro vado ni paso para el cielo no hay, sino la compañía de los trabajos y mortificación del Señor. Y a quien éstos no parecen bien ni los quiere pasar no tiene que ver en *el reino que está aparejado desde el principio del mundo*.

Por tanto, esforcémonos en el Señor, y armémonos con las armas de su pasión y penas, que en ellas hallará nuestra ánima tanta fortaleza, que ninguna cosa la puede vencer. Y tome la esposa a su Cristo como *manejo de mirra*, y traiga la amargura de Él *en el corazón* (*Cant.*, 1, 12), para que pensando en las penas de Él, se consuele en las propias, y lo tenga por mercedes, como lo son; y ámelas tanto que se halle con ellas favorecida y llena de joyas, y tiemble de verse sin ellas. Y siéntase como desnuda cuando no está vestida de la librea de su Esposo, que es angustias y trabajos. Y así huirá el demonio, que nos quería hacer dejar el camino de Dios, contándonos que pasábamos mucho, viéndonos amar los trabajos por amor de Aquel que por nos los pasó.

4. Y no nos engañe con decirnos que es muy larga la jornada que hemos de andar, porque puede ser que tengamos poco de vida; y lo que nos parecía que nos había de durar muchedumbre de años, no

durará aun muchos días; y por eso hemos de tener vivos alientos, esperando que cada día será el fin de nuestros trabajos, y decir a nuestra ánima: Sufre esto algún día, que posible es que estés al fin de tu vida, y que poco tiempo te atormentará. Que, cierto, mas verdadero pensamiento es éste, que no el que el demonio nos trae; y a más vemos acabárseles la vida esperándola muy larga, que sucederles la longura de años que ellos pensaban.

5. Y si quiere hacernos entender que en otras partes sirviéramos más a Dios, aquello es un engaño con que a muchos ha sacado del buen camino en que estaban, prometiéndoles otro mejor, y ellos, de necios, perdieron el que tenían, en que Dios les había puesto, y por alcanzar el mejor cayeron en el malo, y de allí en el infierno: y dejaron aviso para que no sea uno ligero en mudar lugares debajo de mejor servir a Dios. La mudanza que se hace de mal a bien buena es, y poco engaño se debe en ella temer; mas querer uno del buen lugar pasar al que le parece mejor, peligrosa cosa es, porque suele muchas veces nacer del deseo flaco para resistir lo que Dios le envía, y no del fervor de mejor vida; mas el descontento que su impaciencia y poca virtud le causa, le pone el deseo de hacer mudanza: y como la enfermedad se va en el ánima, en viniéndole alguna prueba como las primeras, luego siente lo que primero; porque no por mudar lugar se le mudó el corazón, y ve después que era engaño lo que pensaba ser buen deseo. Por tanto, conviene ser constantes en lo comenzado: y si el demonio trae inconvenientes y estorbos que hay en la parte que estamos, decir que en otra los habrá quizá mayores y más peligrosos; y aunque no los veamos, podémoslo creer, porque no hay lugar sin ellos: y que dondequiera que hay bien hay estorbo, y por eso se quiere quedar con los que tiene, y dar buena cuenta de lo que Dios le encomendó.

6. Está vuestra merced confiada que Dios fué servido de su venida, y es servido de su estada; y con saber esto no sentirá sus trabajos; porque dichoso es aquel que a Dios agrada, aunque le cueste mil vidas. Tenga firme en la guerra, y sufra de toda parte combate; que los ojos de Dios la ven, y *conoce a sus ovejas*, y viene luego al balido que dan. Él proveerá de esfuerzo. Y aunque alguna vez caiga con la

carga, no se espante, sino levántese luego, y pida mayor fuerza a nuestro Señor, que así somos todos, y bien nos conoce nuestro Señor, y no se espanta de nuestras flaquezas; al cual le contenta mucho el corazón humillado, y que conoce su propia flaqueza, y está colgado de su misericordia. Esta será con vuestra merced, y la consolará y atribulará, cada cosa a su tiempo; y en lo uno y otro recibimos merced, porque todo nos es menester, hiel y miel, hasta que toda la hiel se convierta en miel, saliendo de este destierro y gozando de nuestro Señor en su reino, en el cual plega a Dios yo vea a vuestra merced.

7. Parte me cabe a mí de su pena: Dios sea bendito, que así lo permite. Y de verdad se le deben gracias, pues que quiere ejercitar nuestra paciencia para darnos mayor corona. Señora, acuérdesse de la cruz del Señor, y cuántos sudores pasó debajo de ella, hasta que cayó en el suelo, y lo levantaron a rempujones y sin misericordia; mire que nuestros trabajos ni afrentas no son como aquéllas, y que nos hace merced en enviarnos algo de lo que Él pasó. Creo yo que estaba vuestra merced segura, y por eso se ha desconsolado tanto, como no estaba apercebida. No se desmaye por eso, que mujer es, y no ángel, y flaca, y no santificada. No se espanta Dios de nuestras flaquezas, ni quiere que desmayemos por ellas, sino como el niño que cae y luego se levanta y corre como primero.

8. Basta ya lo que ha estado triste; por amor de nuestro Señor que deje la tristeza, que no hay de qué tenerla. Porque si hubiésemos de mirar a enojos, ¿quién duraría con quién? Ni padres con hijos, ni maridos con mujeres, ni nadie con nadie. *No se ha de poner el sol sin que se acaben los enojos* (Eph., 4, 26); y quien primero ruega con la paz, aquél lleva la corona doblada; y pues hasta aquí ha ganado tantas coronas, no pierda ésta; y cuanto se le hace más de mal, tanto será su corona mayor. Y esto le pido por amor del Señor, que rogó por los que le estaban crucificando, y lavó y besó los pies a Judas, que le fué a vender: ¡cuánto más es razón que hagamos nosotros a quien bien nos quiere, aunque algún enojo haya tomado!

9. En lo que vuestra merced hizo, hizo muy bien; y así lo haga de aquí adelante; y si sobre ello le dieron palos, bien empleados vayan. Y en esto quiero ver si me ama, en que luego olvide todo lo pasado,

y deje la tristeza, y se alegre con el Niño Jesús, y con la Virgen recién parida, que está muy alegre. Bien veo que le pido mucho; mas a quien mucho ama mucho le hemos de pedir.

El Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced. Amén.

#### 80.—A UNA DONCELLA.

*Animándola a que sirva a una enferma por amor de Dios.*

Aunque quisiera yo ver a vuestra merced en mucho descanso, más le deseo ver en que mucho gane su ánima. Y como nuestro Señor la ama muy de verdad, hace lo mismo con ella; porque bien pudiera Él ordenarle vida que no tuviera trabajo; mas no quiso sino que tome parte de penas ajenas, a semejanza de Él, que siendo sano, enfermó de nuestros dolores. Bien aventurada vuestra ánima, señora, la cual cumple lo que dice San Pablo (*Hebr., 10*): *Hubisteis compasión de los presos, como si vosotros estuviérades presos*. Porque así siente vuestra merced el mal de esa señora como si suyo propio fuera, y aun creo que más. Y por eso debe estar muy alegre, porque cuanto por una parte le lastima, por otra gana grandísimas coronas. Porque servir a un enfermo, aun sin mucho amor, es gran cosa, cuanto más con tanto amor, que hace estar tan enfermo al sano como al doliente. Tesoro, señora, atesoráis para el cielo; no os ahitéis, pues vuestro galardón será el mismo que os crió. Nuestras deudas perdona Dios por las ajenas que a cuentas tomamos.

Holguémonos que nos dé Dios en que le podamos satisfacer; y pues sois esposa, servid con amor a vuestro Esposo, el cual está enfermo cuando una oveja suya lo está; porque palabra de su boca es que dirá el día postrero (*Mt., 25*): *Enfermo era, y servísteisme; tomad el reino que os está aparejado*. Y no dejéis de le suplicar que esfuerce a la enferma y os esfuerce a vos, no para quitaros los trabajos, sino para acrecentaros fuerzas y amor, con el cual llevéis su cruz como Él la llevó por vos. Él renunció sus consuelos por tomar vuestras tristezas y penas. Decid vos que así lo quiere vuestra ánima, y que no deje

de enviar algo en que se vea cómo le amáis; porque gozar con Dios no hay quien no lo quiera; mas trabajar por Él, eso es señal de amor verdadero, y sólo el amor de Cristo ha de durar.

Hágaos Él tal cual Él desea y yo le suplico. Amén.

### 81.—A UNOS SUS AMIGOS ATRIBULADOS.

*Del amor que Dios y Cristo nos tienen, de donde procede enviarnos preciosos trabajos, y ayudarnos a padecerlos.*

1. Bendito sea Jesucristo nuestro Redentor, Señor, Padre, y Maestro que por tantas vías busca nuestro bien, enseñándonos su amor, aunque de los que poco saben y aman no sean sus obras entendidas ni recibidas con la reverencia y agradecimiento que sería razón; del numero de los cuales suplico al mismo Señor, saque a vuestras mercedes, y les dé *lumbre con que vean la lumbre* (Ps. 35, 10) de aquesta verdad, de lo cual vendrá la obediencia y agradecimiento. Porque ninguno habrá, si extremadamente malo no fuere, que no reciba de buena gana lo que es su provecho, y que no agradezca a quien se lo envía, mayormente siendo enviado con mucho amor.

¡Oh Amador! ¡Oh amor, de nosotros muy verdadero y probado, Jesucristo bendito! ¡Y quien dudará [de] tu amor, habiendo sido de él testigos el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos está! Tú, Señor, lo diste y porque nos amas lo diste; que ni esperas provecho de nuestros servicios, ni nos lo debes, pues todo lo que tenemos es tuyo. Ni hay otro motivo en Ti para hacernos mercedes, si[no] tu sola bondad, en la cual nos amas verdaderamente. Señor, desde que oídos tenemos, otra cosa en nuestras orejas no suena sino: «Bien os quiero.» Porque, si sordos no somos, ¿qué otra cosa es la vida. [la] salud, el pan, el vino, la tierra y el cielo, y todo aquello con que *vivimos y nos movemos y somos*, sino voces que pregonan el amor que nos tienes y pides? Lo cual sentía bien San Agustín cuando decía: «Todas las cosas me dicen a voces que te ame.» Y esto es por lo que hemos dicho, porque nos dicen que Dios nos ama.

Mas porque estos testigos son bajos, por ser criaturas, el mismo Criador nos vino a testificar su amor

con el testimonio más cierto que hay; el cual es no sólo *dar*, porque aquello poco duele, mas *darse* y *padecer* por nosotros; lo cual es tanto mayor señal de amor, cuanto va de su persona a los dones. Y este testimonio, porque sin duda fuese de nos recibido, firmólo con su muerte, habiéndolo escrito con su sangre; que pues no se puede más por uno pasar, por muy amado que sea, que morir por él, sepan los hombres que son amados de Cristo, pues puso por nosotros lo último que se pudo poner.

2. ¿A qué propósito esto? Para acordar a vuestras mercedes que confíen que los quiere bien Cristo. ¡Oh palabra alegre en las orejas de los pobrecicos, la cual tienen los ángeles en gran reverencia! ¡Oh palabra, que nos dice la causa de cuanto bien tenemos y esperamos tener! Porque no de otra parte ni principio nos viene, sino porque somos amados de Cristo. ¡Oh si en otra cosa no hablásemos ni escribiésemos, sino que nos quiere bien Cristo! Y este amor, aunque sólo basta para hacernos ricos y en hora buena nacidos, porque grande bien es hallar gracia en los ojos de tan alto Rey; mas su amor no es estéril, antes su amar es hacer bienes. Y como San Agustín dice: «No amas, Señor, y desamparas.» Por lo cual reverenciamos, agradezcamos, y con fe y amor participemos de los merecimientos que Cristo nos ganó; y confiando en lo mucho que nos amó, dejemos todo pecado, y desterrada toda tristeza que suele venir en las tribulaciones, desterrada toda cobardía que suele combatir a los flacos, alanzando todo descontento que suele venir con lo adverso, *hinquemos las rodillas* de nuestro corazón a este Padre de las misericordias y Dios de toda consolación (Efes., 3, 14), que nos ama y amará, y agradezcámosle la merced que nos hace en enviarnos señales de amor; porque verdad dijo el que dijo (Hebr., 12, 5, 6): *Fili mi, noli negligere disciplinam Domini; nec fatigeris dum ab eo corripieris; quem enim Dominus diligit, castigat; flagellat autem omnem filium quem recipit.* Y puesto que duela, hemos de mirar el principio de donde sale y el fin donde va a parar, y con esto conformar nuestra voluntad.

3. Los que miran no más de las manos de Dios engañanse muchas veces, juzgando su Corazón por sus obras; mas los que le miran a su Corazón no son engañados, antes tienen el verdadero conocimiento de las obras, pues conocen de dónde nacen y dónde van

a parar. No se engañe nadie, pensando que la prosperidad que Dios envía es siempre señal de amistad; porque algunas veces suele ser señal de recísima ira: ni huyamos de lo adverso pensando que es ira de Dios, porque casi siempre suele ser señal de su amor. Y pues *con amor*, y lo que más es, *por amor* nos atribula, debemos agradecerérselo, pues no se debe menos al padre cuando castiga a su hijo que no se pierda, que cuando le halaga amorosamente. Y si miramos que la intención del Señor es nuestro provecho y su gloria, adoraremos a su Majestad, que tanta merced nos hace, aunque el medio nos parezca amargo. Esto se nos dió a entender en la reina Esther (5, 2), que *besó el cabo de la vara dorada del rey Asuero*; porque aunque la vara de nuestra corrección nos espante, mas mirando *el fin* o *cabo* de ella, que es nuestro provecho y gloria de Dios, debemos besar este fin, aceptando lo que el Señor nos envía.

4. Y esto no será muy dificultoso de creer a quien cada día (1) manda purgar con acíbar y otras cosas más amargas a los que bien quiere, haciendo en ellos justicias y amándoles mucho. No es mucho que un cristiano tome la purga que Dios le da para sanarle su ánima, pues que el hombre toma la purga que el hombre médico le da para sanarle el cuerpo; y en la purga de Dios está cierta la salud, en las otras no; y del celestial Médico estamos ciertos que no errará en dar más o menos, porque todo va dispensado por un saber infinito, que no se le puede disminuir ni crecer, mas en el del suelo podemos dudar. ¿Pues qué sinrazón sería quien pide licencia y confianza a sus enfermos cuando los cura, que no la tenga en Dios cuando le cura? Esforcémonos en Jesucristo nuestro Señor, que de cierto no nos dará más purga de la que podamos beber.

5. Y aun, porque de buena gana la bebamos, bebe Él con nosotros; lo cual sintió San Pablo cuando decía de Jesucristo (*Hebr.*, 2, 9), que *por la gracia de Dios gustó la muerte por nosotros*. Sobre lo cual dice Crisóstomo, que así como el médico gusta primero la purga amarga por hacer la salva y quitar el espanto al enfermo, así Cristo, por quitarnos el temor de los trabajos y muerte, lo quiso primero gustar por nosotros. ¡Oh si mirásemos cómo bebió Él toda la purga

---

(1) ¿Serían médicos o enfermeros los destinatarios?

sin estar enfermo, porque nosotros lo estábamos! ¡y cuánto acíbar hallaba en ella cuando decía (Mt., 26, 39): *¡Padre, si es posible, pase este cáliz de Mi!* Mas mirando nuestro remedio y salud que de su trabajo venía, mirando la voluntad del Padre que así lo había ordenado, dice: *Mas no como yo quiero, sino como Tú.*

¡Oh palabra, que hace al que de verdad la piensa y ama, ser invencible de carne, mundo y demonio e infierno! ¿Quién puede dañar a quien dice de corazón: *No como yo quiero, sino como tú?* Esta es la verdadera señal de los hijos de Dios, que dejan su voluntad propia y hacen la de Él; y esto no en las prosperidades (que aquello, poco es), mas en las adversidades, adonde vale más un «¡Gracias a Dios!», un «¡Bendito sea Dios!», que tres mil gracias y bendiciones de prosperidades. Estas son *las trompetas* en las cuales nos está mandado que *alabemos a Dios* (Ps., 150, 3), porque son hechas a golpes; y ésta es la música a las orejas de Dios más acepta que le podemos cantar.

Bien veo yo que estas cosas más presto se dicen que se hacen, y que es más ligero consolar que sufrir, y que no se conoce el cristiano en saber consolar a los otros, mas en saber consolar a sí en la tribulación. Mas en todo esto *fiel es el Señor* (1 Cor., 10, 13), cuyas manos hieren y consuelan, y en cuya fortaleza ha de ser nuestra confianza.

6. No debemos derribar nuestro corazón, por más que las penas crezcan, porque tanto más aparejo hay para que parezca la fortaleza de Cristo en nosotros, cuanto nuestras flaquezas fueren mayores. Y esto es lo que nuestro Señor dijo a San Pablo (2 Cor., 12, 9): *La virtud (quiere decir la fortaleza), en la flaqueza es más perfecta. La fortaleza; no la tuya, que no la tienes, como lo pruebas; mas la mía, más fuerte parece mientras tu flaqueza fuere mayor; porque cuando Dios defiende una cosa muy perseguida y muy enflaquecida, parece ser fuerte (2), pues a cosa tan flaca sustenta contra tantas flaquezas. Y pues la intención del Señor es demostrar su gloria, y mientras nosotros más atribulados y con menos fuerzas, más aparejo hay para que Dios gane honra, fortaleciéndonos con su*

---

(2) *Parece ser fuerte:* muestra Dios la fortaleza que tiene.

fortaleza; no debemos desmayar, por mucho que crezca la tempestad; mas mientras ella más crece, más confiar y decir al Señor: «Esta es tu hora.» Esto rogaba David al Señor cuando decía (Ps., 70, 9): *Cuando faltare mi fortaleza, no me desampares, Señor.* Y pues que esto es así, digamos con San Pablo (l. c.): *De buena gana me gloriaré en mis flaquezas, porque no ore en mí la virtud de Cristo.* Flaquezas llama a las tribulaciones. Si en sustentar Cristo a San Pablo en ellas, moraba *la virtud*, que es la fortaleza, *de Cristo*, en San Pablo parecía la honra de la fortaleza de Cristo. Y, por tanto, San Pablo, que antes rogó *tres veces al Señor que le quitase la tribulación* porque le dolía; la cual no creo, ni es de creer, que era tentación de la carne, mas otro trabajo, ya no pide que le sea quitada, porque ve que teniéndola, y no siendo derribado, parece *la fortaleza de Cristo en la flaqueza de él.* Y porque nuestros ojos no deben mirar a nuestro descanso, sino a la gloria de Cristo, dice San Pablo, que *está contento con ellas*, pues sucede en gloria de Cristo, aunque sea con trabajo. Así que, hermanos, no pensemos que la victoria de esta pelea ha de ser por nuestras fuerzas a solas; Cristo nos pone en ella, y Él quiere la gloria de la victoria; Él peleará por nosotros y con nosotros. No desmayemos, *y veremos el favor del cielo ser con nosotros* (2 Paral., 20, 17).

7. Aprovechémonos de esta medicina para conocer cuan flacos somos, lo cual es principio de salud; y cuán miserable cosa es vivir sobre la tierra, y cuán colgados estamos de Dios, y cuánto nos ama, *pasando*, no a más no poder, *por nosotros*, mas de su gana, lo que a nosotros tan recio nos parece de sufrir. Porque, a la verdad, nunca hombre, por contemplativo que sea, tanto conoció los dolores y amores de Cristo, como quien pasa algo de ellos. Sepamos también cuán necios somos en pecar, pues nos obligamos a otros mayores dolores; y cuán bueno es Dios, que mereciendo nosotros estar en continuos dolores acá y allá, nos hace merced (3) del infierno de allá, y nos ayuda para pasar lo de acá, satisfaciendo por nuestros pecados y ganando en el cielo coronas. Estas y otras doctrinas aprenderéis en la tribulación mejor que en cuantas escuelas y púlpitos hay, y más de verdad; porque en

---

(3) *Nos hace merced de:* nos dispensa de.

estos lugares se suelen oír con las orejas, estando qui- zá el corazón en otra parte; en la tribulación óyese: que Dios enseña con obras.

8. No piense vuestra caridad que solamente es me- nester fortaleza para pelear en el campo por Cristo; en la cama y casa hay aparejo para ganar coronas; y no cualesquiera, porque la pelea de la enfermedad y dolor no es cualquiera. Cierta es que cuanto la cosa que nos viene es más contraria a nuestro querer, tanto es más recia la pelea, y más agradable a Dios la victo- ria. Pues por cierto (a lo que yo alcanzo y experi- mento), cosa es muy desabrida la enfermedad, mayor- mente si trae dolor. Y cuando uno, con el favor de Cristo y por Cristo, viene a hacer tan buen rostro al dolor y desabrimiento de ella como a la salud, paré- ceme que tiene gran victoria de su sensualidad, y será su corona grande.

A esto nos debemos esforzar, como Séneca decía; porque si el dolor es poco, no es mucho que se sufra; y si es mucho, no es poca, mas mucha la gloria que de sufrirlo se sigue; y por esto no hay excusa para no sufrir.

9. Cuanto más si miramos a la alta ordenanza de Dios, que, como dice San Pablo (*Rom.*, 8, 29), *predes- tinó a sus escogidos a ser semejables a la imagen de su Hijo*. Pues si hemos de ser semejables en la gloria, también en los dolores; porque no es razón heredar con Cristo los gozos del cielo, y no querer parte con Él en los dolores del suelo. Oigamos lo que dijo a sus discípulos, y a nosotros con ellos (*Lc.*, 22, 28-29): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones; y yo os dispongo el reino, como mi Pa- dre lo dispuso a Mí, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi reino*. De estas palabras parece claro que los que quisieren sentarse a la mesa a gozos eter- nos con Cristo, primero les conviene sentarse con Él a sus trabajos que tuvo en el suelo; porque *a éstos dispone el reino, como su Padre a Él*. ¡Oh si tuviése- mos ojos para ver cuán gran soberbia es no conten- tarnos con pasar por la ley que Jesucristo pasó, y no aceptar el reino con la condición que su Padre se lo dió a Él! Notorio es que el Eterno Padre únicamente ama a su Unigénito Hijo: mas por eso no dejó de *disponerle el reino* con tantos dolores y deshonras como pasó. Pues ¿por qué yo pensaré que el Señor no me ama aunque me envíe trabajos? ¿Por qué no

me gloriaré, que me trata como a su Hijo? ¿Por qué no le daré gracias, pues que me viste de la librea de su amado Hijo? ¿Por qué no tendré esperanza que me hará participante en su gloria, pues me veo serlo en sus trabajos?

¡Oh bendito seas, Dios y Señor y Padre nuestro, que quisiste que tu amado Hijo fuese *el primogénito de todos sus hermanos* (Rom., 8, 29), dándole más gloria que a otro alguno, y quisiste que fuese también el principal, y que no tuviese igual ni segundo, en el padecer dolores y otros trabajos! Hicístelo metro y mensura de nuestra perfección y gloria, para que uno, mientras más llegado a su vida en este mundo, más perfecto sea; y mientras más llegado a Él en el otro, más gloria tenga. Pues si bien miramos qué tuvo Cristo en esta vida sino trabajos, mientras más fuéremos trabajados, más conformes, más cercanos a Cristo; y por eso más ciertos de serlo en el cielo, adonde *limpiará Dios las lágrimas de nuestros ojos* (Apoc., 7, 17), adonde nos recibirá como Padre amador de sus hijos, adonde nos coronará la pelea de acá, adonde parecerá mejor el cristiano que va herido y ensangrentado de la guerra de este mundo, que el otro que saliere sin herida.

## 82.—A UNA DONCELLA

*Regalada de Dios, enseñándola cómo se ha de haber en medio de los favores que no debe deseur.*

### DEVOTA ESPOSA DE JESUCRISTO:

1. ¿Qué os parece quién es Dios? ¿Qué os parece cuán bueno es, pues se inclina a amar y tratar con la podredumbre de la criatura, que no siendo digna aun del pan que come, le dan por manjar y posesión al Criador de todas las cosas? El ingenio humano no puede alcanzar esto, ni los ángeles pueden dar gracias suficientes a nuestro Señor por la merced que hace a un pobre gusanillo en acordarse de él y visitarlo. El mismo Señor se alabe, que se conoce; Él se bendiga, se ame y se goce; que otro no hay que le pueda bastantemente engrandecer ni dar gracias por lo que hace con nos, si Él no.

2. Y así, hermana, cuando viéredes sus misericordias sobre vos, y vuestra grande indignidad e insuficiencia para le agradar y servir, salid de vos, como

de casa angosta, y de una pura flaqueza, y sepultaos en el mismo Señor en quien está vuestra vida. No vi váis en vos, que moriréis; arrojaos en Él, transformaos en Él, dormid en Él, y encontraréis con aquel dulcísimo panal que sobrepuja toda dulcedumbre. Y mientras más amada os viéredes, más os afrentad viendo cuán bueno es Él, y mala vos. Sabed distinguir entre el oro que de Él os viene, y el lodo que vos sois; y no creáis que subís más en su conocimiento, de cuanto bajáis en el vuestro. Porque así como a una ánima, que a Dios gusta, no hay cosa más dulce ni más olorosa ni preciosa que Él, así no hay cosa más hedionda en su mismo acatamiento que ella misma, considerando lo que tiene de sí. Un perro muerto trae en sus narices quien a sí mismo se conoce; y no se podría sufrir, si no se fuese a Dios, y viviese en Él, y mirase a Dios en sí y en su ánima.

3. Y así, hermana, os encomiendo que ningún don del Señor os lleve mucho los ojos, sino conocerle a Él para amarle, y a vos para aborreceros y despreciaros. Porque muchos ha habido que por tenerlos le han desagradado, porque les entró el polvo de la vanidad y del propio contentamiento, y sin entenderlo ellos descontentaron al Señor. *Malo es el corazón del hombre* (Jer., 17, 9), y tan ciego, que muchas veces tiene cosas que él no entiende, y velas el Señor con sus lucientes ojos que miran a los abismos, y por ellas da lugar justamente a nuestro adversario para que nos engañe, pensando nosotros que vamos acertados. Y la principal causa es por tener un corazón con una secreta vanidad y complacimiento, con algún deseo, aunque pequeño, de cosas que pueden traer alguna singularidad o alteza. Y derribalos el Señor tanto más bajo, cuanto ellos piensan que van altos. Y por esto la seguridad, en el temor del Señor está, que hace a un hombre temblar en sí mismo, y buscar más lo que le aprovecha que no lo que tiene grandeza y novedad; antes huye de ello, y suplica a nuestro Señor que lo lleve por camino llano, pues según su flaqueza, aun en lo llano caerá. Y aunque esto muchos lo digan, pocos lo sienten en el corazón; porque heredamos de Adán una tan secreta y arraigada vanidad, que sin lumbre de Dios no puede ser conocida, y menos curada.

4. He dicho esto para amonestaros que importunéis al Señor os dé su luz para conocer vuestra vileza muy de corazón; y que os ponga en el postrer lugar

en todos sus otros dones, salvo en conocerle y amarle, y conoceros a vos y despreciaros; porque de esta manera vuestro camino irá seguro, y el demonio huirá de vos, y gozaréis de aquel Señor que desea dáos todo por vuestro, si vos os atreviéredes a ser del todo suya.

### 83.—A UNA DONCELLA

*Afligida y temerosa, consolándola en sus aflicciones y animándola en sus temores.*

1. Más querría reñir con vos que regalaros; por ventura sanaríades más aína, como las mujeres que, por ser tratadas de sus maridos un poco áspero, se hacen ellas fuertes y para mucho. Vos andáis porque os digan que Dios está bien con vos; y yo no os lo quisiera decir: y durmiéredes en la cruz por cama, y comiéredes en ella como en mesa, y moráredes a la continua en ella como en casa. Y así lo quiere el Señor cuando os esconde el amor que os tiene, y a cabo de vuestra vejez no lo entendéis, y estáis más tierna que una niña, y pedís leche a cabo de tantos años.

2. ¿Qué habéis, sierva del Crucificado, que tanto os quejáis? ¿Quién os asombra, que tanto teméis? ¿No sabéis que no suelta Cristo tan presto las ánimas que una vez toma? ¿No sabéis que, aunque es celoso para sus esposas, y las castiga por cosas al parecer muy livianas, que no por eso las deja de amar? Antes porque las ama, y por no quitar de ellas su amor, por eso las castiga; y mientras más castigadas, mayor prenda les da que no las desama. Porque Él dice que amenaza al ánima mala: *Yo quitaré mi celo de ti*. Y si no sois castigada, ¿de qué os quejáis? Y si lo sois, ¿por qué os desmayáis, pues que el serlo os había de dar a entender que es *celo de amor* el que al Señor mueve a trataros así, y no ira de quien mal quiere? Y si os parece que el castigo dura mucho, sufridlo por amor de Él, que fué castigado sin culpa.

3. Y creo yo que todo ello, o lo más, vos misma os lo habéis tomado por pura ignorancia, temiendo do no había que temer; y vos misma pagáis, no culpa pasada, que no la hubo, sino presente necedad que os atormenta. Y aunque dicen que el loco por la pena es cuerdo, vos no acabáis ya de abrir los ojos a ver

que no es todo eso sino sombra y fantasma, que os quiere quitar vuestra paz, y que se os atreve el demonio a espantaros como a niña con máscaras feas, sin haber sino un león lleno de paja. Sentíos de aquella afrenta, y tomad ánimo de persona amada del Rey celestial, y comenzad a ojear al demonio y a vuestra necedad, que han hecho nido en vuestra cabeza. Y sabed que el Señor tiene paz con vos: no tengáis vos guerra con Él. No se diga de vos lo que dice Job (15, 21) del malo, que *habiendo paz, sospecha que hay asechanza*.

4. Vos os conocéis a vos, y por eso teméis y estáis inquieta; mas no conocéis o no pensáis en Jesucristo, y por eso no gozáis de la paz que cantaron los ángeles cuando nos nació, y que da al ánima a la cual se da a conocer y amar. Sabed, señora, que tiene bondad para querer bien a las tales como vos; y esta bondad no se la puede quitar toda vuestra maldad junta, aunque fuese mayor de la que es. Por eso decid a quien otra cosa os dijere, que tarde viene, y que habéis creído al amor de Jesucristo, y que vivís en fe y amor de Él, y que de su amor no habrá tormento que os aparte, ni de su confianza flaqueza alguna que os derribe.

5. Ya os disteis a Él, y Él os recibió; ni vos os habéis dado a otro, ni Él ha soltado su derecho de vos, y suya sois, y El es contento que lo seáis, aunque a todo el infierno le pese. Y Él saldrá con su empresa al fin, que es el salvaros delante la faz de vuestros enemigos, para que viendo quebrados sus lazos, que os habían armado, y ser querida de Dios, y favorecida la que ellos deseaban echar a perder procurando que desesperase, sean confundidos y remordidos, y aprendan con su propio daño, que al que Dios defiende, poco pueden ellos empecer; antes mientras más le persiguen, más le aprovecha; obrándolo esto la bondad suma, que convierte los males en bienes, y endereza los yerros, y de las caídas saca avisos y provechos para gloria perpetua suya. Por la cual Él os ama y amará para que vos le glorifiquéis, y sus trabajos que en la cruz pasó no sean perdidos.

6. Por eso haced cuenta que habéis dormido, y oíd a San Pablo, que dice (*Rom.*, 13) *que es hora ya de recordar*; y con la nueva alegre del Niño que nace, quitad el luto de la tristeza; y vestíos de gozo, pues los ángeles anunciaron gozo a los pastores y a todo el

pueblo por haber nacido el Salvador; a cuyo pesebre os remito, para que moréis por aquestos días; y el que fué reclinado en Él sea todo vuestro amor. Amén.

#### 84.—A UNA MONJA

*En tiempo de Navidad; en que la anima a recibir al Niño Jesús; y enseñale cómo lo ha de concebir y dar a luz, y tratar y guardar.*

SEÑORA:

1. Hágale muy buena pro el Niño nacido en el portai de Belén, y de allí en su corazón; que, como nació para muchos, espero yo de Él que una de muchos es vuestra merced, y que no sólo nació para ella, más nació de ella: pues dice Él (*Mr.*, 3, 35), que *quienquiera que hiciere la voluntad del Padre, que está en los cielos, aquel es mi hermano y hermana y mi madre*: y si a alguno está esto bien, lo está a las monjas, las cuales por ser vírgenes, tienen más semejanza con la Madre Virgen que lo parió, que no otras personas; y se huelga mucho el Niño de ser concebido, nacido y envuelto y tratado de cuerpo virgen, porque Él es virgen: que de Él es escrito (*Cant.*, 6): *Que se apa-cienta entre los lirios*, que significan las flores de la virginidad. Y aunque vírgenes, no han de ser estériles, pues que eran malditas las estériles en Israel (*Deut.*, 7, 14), y significaba aquella esterilidad del cuerpo a la del ánima. Porque serlo en el cuerpo no es culpa ni peligro para el ánima, mas serlo en lo del ánima es causa de ser maldito de Dios, como lo fué la higuera, que por tener hojas y no fruto, fué de Él maldita (*Mc.*, 11).

2. No esté, pues, la doncella en el cuerpo sin fruto en el ánima, y éste sea el Niño Jesús. bendito, por el cual es bendita la que lo concibe. Este se concibe con el amor del corazón, y nace cuando sale el amor a la obra. Aunque alguna vez acaece lo que dice Isaias (37): *Venir los hijos hasta el parto, y no haber fuerza para los parir*; que es cuando uno está con sus buenos deseos, y nunca se atreve a ponerlos en obra, por pereza, o por temor, o por otra cualquier causa. Estos serán acusados y condenados en el juicio de Dios por personas que ahogaron los hijos que habían concebido, pues que nunca sacándolos a luz de la

obra es matarlos dentro del vientre. ¡Ay de éstos, que se les pasa toda la vida en deseos, y les halla la muerte sin obras, y van al lugar donde no sólo no les aprovecharán los deseos que tuvieron, mas serán castigados porque no efectuaron las buenas inspiraciones! Tornarse han contra ellos sus propios hijos, como fueran por ellos si los sacaran a luz. Señora, no sea ella de aquestos, mas diga como dice Isaías (26, 9): *Mi anima te deseó en la noche, y mi espíritu en mis entrañas; en la mañana velaré a ti.* Aquí está junto deseo con obras; pues *desea de noche y se levanta por la mañana*, por no ser como el perezoso, del cual dice la Escritura (Prov., 26, 14): *Que se está en deseos, sin levantarse de su sueño y cama de mala costumbre para velar al Señor.*

3. No esté, señora, sin este Niño, por mucho que le cueste, porque todo es barato, aunque a trueco de Él le pidan la vida. Y páralo: no con tristeza como Eva parió, mas con alegría como la Virgen María. Quiero decir, no sirva al Señor con quejas ni tristezas, sino con ánimo voluntario, que le parezca todo lo que hace que no es trabajo de media hora: que así decía Jacob por amor de Raquel (Gen., 29) y San Bernardo decía: «Lo que yo paso por Jesucristo, a duras penas es trabajo de media hora; y si más es, con el amor no lo siento.» Muchos conciben buenos deseos con placer; mas al tiempo del parir la buena obra sienten tan grande dolor, que no quieren restituir lo que deben, perdonar a quien les injuria, dejar sus placeres; los cuales son muy al revés de nuestra Señora y Madre del Niño, que lo parió con mucha alegría, para darnos ejemplo que así hagamos nosotros, y tengamos por tan gran bien el *ser madre de Él*, que cualquier pena que se pase en las obras, se nos torne alegría, *porque nos ha nacido hombre en el mundo* (Jn., 16, 21), que es Hombre y Dios.

4. Mas quiero, señora, avisarle de una cosa que mucho le cumple: que de tal manera se goce con el Niño que le ha nacido, que no se descuide en la guarda de Él, porque no se le maten o no se le muera. Porque, casi en naciendo, luego se levanta Herodes contra Él con deseo de le matar. Y por esto avisa el mensajero de Dios a José *que lo quite de allí y lo lleve a Egipto* (Mt., 2); dándonos a entender que en naciendo Cristo en el ánima, luego se levanta el demonio con deseo rabioso de nos matar el bien que en el

ánima nos ha nacido. Y por esto nos hemos de gozar con temor, porque la demasiada seguridad no nos traiga a peligro, y tengamos más pena por haber perdido el bien, que placer por haberlo tenido. Muchos ha habido que supieron ganar, y se vieron ricos con los bienes del ánimo; y porque se descuidaron de criar lo que había en ellos nacido, se lo mataron o se les murió de hambre. A Isboset mataron dos malos hombres porque se durmió la portera, que estaba ahechando el trigo (2 Reg., 4); porque quien no tiene vela sobre su corazón para discernir quién entra en él, si es trigo o si es paja, poco tiempo durará con la vida. Y por esto nos amonesta la Escritura diciendo (Prov., 4): *Con toda guarda guarda tu corazón, porque de él procede la vida*; y mal puede guardar quien duerme, ni discernir paja de trigo quien tiene los ojos cerrados. ¡Oh cuántos no miraron que es menester ser prudentes en el servicio de Dios, y no oyeron lo que dijo San Pablo (Ephes., 5): *No queráis ser hechos imprudentes; mas entended cuál es la voluntad del Señor!* Y por no saber apartar lo verdadero de lo aparente, fueron poco a poco engañados; y del descuido vino el sueño, y de aquél la muerte al que guardaban. Vele mucho, vele el pensamiento de la persona que tiene en su pecho a Jesucristo, y mire con siete ojos quién es el que entra en el ánimo; porque tan gran bien, como es conservar a Dios en el ánimo, no se deja poseer de los descuidados ni necios, y pagan después con lloros su poco saber, que tan caro les costó; y plega a Dios no con infierno.

5. Otros hay que aunque no haya Herodes, que es el demonio, que les mate su Niño, ellos mismos lo dejan morir de hambre; porque se dejan vencer de la pereza, y tras ella viene la pobreza, y así mueren de hambre sus hijos, y el padre fué el que los mató. Raquel decía a su marido Jacob (Gen., 30): *Dame hijos, si no, yo moriré*; y así lo dice la gracia que en el ánimo mora; porque si no se ejercita en producir frutos de sí, poco a poco viene a morirse; y ¡ay de aquel que queda sin ella! ¡Oh malaventurada pereza! ¡Oh malaventurada ocupación, que fué causa que se nos fuese la gracia, por la cual éramos amigos del altísimo Dios! ¡Y malaventurado descuido que en cosa tan preciosa hubo, a trueco de cuidar cosa de tanta vileza! El solo decirlo y oírlo da grande espanto, y nos debe ser suficiente motivo para desterrar toda pere-

za; y puesto silencio a todo lo que estorbare, pueda entender en dar mantenimiento de buenas obras, palabras y pensamientos, al Niño que nos nació; porque no nos acaezca lo que a la higuera que el Señor maldijo porque no tenía fruto, sino hojas de vana apariencia (Mc., 11). Y si Él nos maldice. ¿quién nos bendicirá? Secarnos hemos de raíz, y después secarse ha todo lo que en nosotros hubiere, que no quedemos para otro (1) sino para arder en el fuego como leña muy seca.

6. Pongamos, pues. cuidado en el Niño nacido, y guardémoslo de las asechanzas del demonio, como el ángel avisó a San José; y vivamos como diligentes obreros en el ejercicio de la Ley de Dios, para que demos de comer al Niño y no se nos muera. Y no esperemos al punto que está para morir, dándole entonces el mantenimiento: mas traigámosle vivo, y gordo, y alegre, contento y harto, dándole muy bien de comer con abundancia de buenas obras; porque si lo dejamos enflaquecer, allende que no es buen padre quien así trae a sus hijos, muchas veces acaece de tanta hambre y flaqueza venir a morir; y por esto quien le desea la vida, guárdelo de flaqueza y enfermedad. Y no ame el pasear, sino el trabajar, quien tiene hijos de mantener; y así lo haga quien tiene a Jesucristo en su corazón. Pues que los hijos de los reyes son curados de sus amas con gran cuidado, y aun con gran galardón o castigo, según hacen el oficio; mas por mucho que sea, es mayor el que nuestro Señor da al que bien lo haya criado en su corazón. Porque si el Niño muere, el ánima muere; y así, so pena de la vida del ánima, ha de trabajar de guardar la vida del niño; mas si vive, le será dada vida, y vida eterna, siendo el mismo Dios Hombre galardón de la tal ánima en los reinos celestiales, manteniendo Él a ella, y cuidándola, y velándola y defendiéndola, hartándola, y dándole todo lo que ha menester, y que le sobre muy sobrado. De esta manera paga Dios a sus madres que le conciben, y amas que lo crían.

7. Plega a Él dar a vuestra merced gracia para que sepa servirle muy a contento de Él. Y ésta dará si la pide; como hizo su verdadera y natural Madre, que pidió con instancia la gracia para saber tratar al que reverenciaba como a su Dios y amaba como a

---

(1) Otro: otra cosa.

Dios e Hijo, y fuéle dada. y nunca le hizo servicio que a El desagradase. De esta Madre sea vuestra merced devota, porque, a ejemplo de Ella, sepa criar su Niño; y pidiéndole su intercesión. mire su diligencia y cuidado.

### 85.—A UNA PERSONA DEVOTA.

*Trata de la humildad y soberbia, y de la perfección del divino amor.*

1. Dios dé a vuestra merced buenas Cuaresmas, y que así tome la ceniza de fuera al principio de este santo tiempo, que permanezca siempre en el ánimo la santa humildad significada por ella. Porque a quien Dios le da conocimiento y dolor de quién ha sido el tiempo que anduvo apartado de Dios, librádole ha de la peligrosa ceguera de la soberbia, y hácele capaz de todos los bienes espirituales que le conviene tener. Porque, como la Escritura dice (*Eccli.*, 10, 15): *El principio de todos los males es la soberbia; y quien la tuviere será lleno de maldiciones;* quiere decir, de vicios. Porque así como no suele andar un rey solo. así acompañan a la soberbia muchos pecados. Y, por el contrario. nunca la humildad está sola, pues, como Santiago (4) dice: *A los humildes da Dios su gracia,* la cual es madre de las virtudes. El soberbio busca su honra, y afligese con la deshonra; el humilde averguénzase de que le traten bien, y huélgase con su desprecio, porque entiende que en aquello se hace justicia, la cual él ama, como verdadero justo que es. Todo le falta al soberbio, porque por mucho que tenga y le den. se tiene por digno de más; y todo sobra al humilde, porque aun de la tierra que huella se conoce por indigno, y los mismos infiernos tiene por pequeño castigo para sus pecados. El soberbio con nadie cabe, ni aun consigo sólo; mas el humilde, con todos, porque a todos se abaja y a todos sufre, teniéndolos por mayores en su corazón. Parece al soberbio cosa muy recia ir tras la voluntad ajena, o del hombre o de Dios. mas el humilde sujétase y apócase, y así cabe por la puerta angosta de hacer la voluntad ajena, o de la criatura o del Criador.

2. Grandes son los bienes que vienen en la ceniza de humildad; y no conviene a nadie estar sin ella, si no quiere estar sin Dios; porque como dijo San

Agustín: «¡Cuán alto eres, Señor, y los humildes de corazón son casa tuya!» Y la divina Escritura (*Is*, 66, 2) dice: *¿A quién miraré, o sobre quién descansaré mi espíritu, sino sobre el pobrecillo que tiembla de mis palabras?* Esta humildad, que hace al hombre sentir de sí bajamente, no es cosa baja, ni fruta que nace en la tierra; en el cielo está, y Dios la da a cuantos la tienen allá y acá. Y por eso, lo principal que ha de hacer es pedirla al Señor de ella; y después, procurar cada uno de escarbar en su estiércol, revolviendo con mucha diligencia sus propias faltas y su propia flaqueza; porque entre aquellas poquedades y vilezas se suele hallar esta joya preciosa. Y por nuestros pecados, hay tanta materia de nuestras faltas que examinar y llorar, que si no es quien quiere quitar los ojos de sí mismo, otro no hay a quien no sobren causas para humillarse y avergonzarse. Y ¡ay de nosotros si somos de aquellos de los cuales dice Dios (*Jerem.*, 3, 3): *Frente de ramera se te ha hecho; no quisiste haber vergüenza!* Y en otra parte se queja de otros diciendo (*Jerem.*, 6, 15): *Con la confusión no se confundieron.* Porque ¿qué cosa puede haber más fea, que la desvergüenza en la persona que tiene razón para avergonzarse? ¿Y quién hay que ose alzar los ojos a Dios ni a sus criaturas, si considera cómo ofende a Él y se hace indigno de ellas?

3. ¿Quién hay de nosotros que no falte al perfecto amor de Dios, pues ni le amamos *con todo el entendimiento*, creyendo su verdad con tanta firmeza como convenía, y teniendo aquellas consideraciones, y pensamientos y avisos de como mejor le servir? ¿Quién le ama *con todo su corazón*, no dando parte del amor a sí ni a otro sino en Dios o por Dios, y renunciando el propio interés, ha pasado a amar a Dios por el mismo Dios? Y quien mirare cuán poco mortificadas tenemos nuestras pasiones, y cuánta guerra hace al reino del amor de Dios, verá cómo no ama a Dios *con toda su ánima*. Y mandando el Señor que le amemos *con todas las fuerzas*, hacemoslo nosotros con tanta tibieza cuanto Él nos perdona. Porque las fuerzas que empleamos en cumplir con nuestro amor, y lo mucho que de nuestra codicia está vivo, nos hace faltar a Dios en la diligencia de le servir y en el fervor de su amor. San Agustín dice: «El crecimiento de la caridad es disminución de la codicia; y entonces será perfecta la caridad cuando no haya codicia ninguna.» Y

llama *codicia* al propio desordenado amor que cada uno tiene a sí mismo. Y como no hay nadie de los que de Adán vienen—sacando a Jesucristo nuestro Señor y a su sacratísima Madre—que no haya tenido algún exceso de este propio amor, no hay quien no haya faltado en algo a la perfección del divino amor; porque cuando mi amor está vivo, está muerto el de Dios; y entonces está el hombre en pecado mortal; y cuando vive y reina en mí el amor de Dios, con el cual tengo propósito de no le ofender mortalmente, entonces estoy en gracia, aunque falte algo al perfecto amor de Dios porque quiero cumplir algo con mi amor o de las criaturas. Y de esta falta de amor nos viene la falta en las otras obras, porque él es como vida de ellas.

4. De aquí viene faltar en el amor del prójimo, no habiendo compasión de sus males, ni gozándonos con sus bienes, como de cosa muy conjunta a Dios, y adoptados en el sacramento del Bautismo por hijos de Él. Y también les faltamos en las obras, porque faltamos en el amor de Aquel que dijo (*Mt.*, 25, 4): *Lo que a uno de estos chiquitos míos hicisteis, a mí me lo hicisteis.* Y de falta de estos dos amores, que son las raíces de las buenas obras, nacen otras muchas faltas en lo que obramos, aunque no todas veces sean tales que sean pecados; antes muchas, haciéndose en gracia, son meritorias de la vida eterna. Mas de estas tales, si en verdad y humildad vivimos, hemos de dar la gloria a Dios, y agradecerle que nos ayudó a querer el bien con nuestro libre albedrío, y a que fuese meritorio por la gracia que por su misericordia nos dió; y no por esto dejar de escudriñar las faltas que en otras obras hacemos; porque más segura cosa es pensar a menudo en lo que nos falta, que en lo que tenemos de la virtud. Y tened por cierto que, por mucho que penséis y escudriñéis, aun se os quedará mucho escondido, por lo cual os convenga decir con gemido al Señor (*Ps.* 18, 13): *Limpíame de mis cosas ocultas.* De aquí viene no amar al prójimo como Dios quiere o no tanto como Él quiere; de aquí no sufrirle, ni huir de le dar enojos; de aquí, finalmente, todas las otras faltas que mancillan nuestra ánima, como podre que siempre mana de una llaga. Mayores son nuestras faltas, que pensamiento humano puede alcanzar; y sólo aquel que crió nuestro corazón, y lo ve claro, puede comprender nuestra flaqueza cuán grande sea; y muchas veces parece sucio delante su juicio lo que al nuestro parece ser muy perfecto.

5. Por tanto, debemos, como Job (9, 28) decía, temer *todas nuestras obras*, aunque parezcan buenas, no pareciéndonos bien ellas ni contentándonos en lo secreto de nuestro corazón. Porque aquel sólo agrada a Dios que a sí mismo desagrade. Aquel es delante de Dios justo, que conoce venirle la gracia y la justicia de la misericordia de Dios. No hay a Dios más contraria cosa que el corazón que bien se parece, porque no tiene vaso en que Dios eche las riquezas de su misericordia, y quédase en su propia pobreza, y se quedará, por no querer abajarse, para que corran a él las aguas de la gracia, con que viviese contento en Dios, y llevase fruto como *el huerto adonde abundan las aguas* (Is., 58, 11). Todo nuestro bien de Dios viene; y quien creyere que puede de sí mismo poder menear la lengua para *decir a Jesús Señor* (1 Cor., 12, 3), él mismo se hace Dios, pues se atribuye lo que es de sólo Dios. Y quiere Dios dársenos, con condición que conozcamos esta verdad, que en Él y de Él, y no de nosotros, viene nuestro bien; y mientras más bien tenemos, más deudores somos; y más tenemos de que nos acusar, pues no respondemos a mayores mercedes con mayores servicios, y a mayores gracias con mayores agradecimientos.

6. El que es enseñado por la Verdad divinal, ninguna cosa atribuye a sí mismo sino el no ser y el pecar. Porque quitado todo lo que Dios le dió cuando lo crió, y cada día le conserva, no hallará ser sino nada; y en nada se tornarí, como de nada fué hecho. Y quitado el favor de Dios, que por Jesucristo nos es comunicado, ¿qué sería del más santo, sino ser lo que fué Pedro cuando lo negó, o Pablo cuando andaba persiguiendo al que lo había redimido, y lo que cada uno prueba en sí que era antes que el Señor pusiese su mano sobre él, quitándole aquel corazón viejo y dándole uno nuevo? La justificación no es sino una resurrección del ánima que estaba muerta en pecados, y ahora vive por *el espíritu de la vida* que Dios le infundió por la muerte de su Hijo bendito. Y así como sería muy loco un cuerpo que atribuyese a sí el vivir y el moverse. y no al ánima que en él está y le da vida, así es muy ciega el ánima que la vida de las buenas obras que siente tener piensa que es de sí misma y no *del espíritu de la vida* que Dios le infundió. Y algunas veces castiga Dios a estas almas quitándoles lo que les había dado, porque viéndose no poder ver, ni oír, ni gustar, ni obrar lo que antes podían, sientan

que otro era el que en ellas obraba la vida, y ellas lo recibían; y que otra cosa no son, sin la gracia de Jesucristo, sino lo que es el cuerpo cuando el ánima se va de él.

7. Por tanto, hermana, no veáis otra cosa en vos sino faltas; que no tenéis otra cosa de vuestra cosecha. Si el Señor os desconsuela, mirad cuán flaca y floja os paráis, con cuán poca conformidad recibís lo que tan bien merecéis. Si os consuela, mirad con cuán poca humildad lo recibís, siendo razón de, tanto más abajaros, cuanto más Dios os honra; y tanto más avergonzaros de quien vos sois, cuanto Dios más bien os trata, como si fuéades buena. Pensad cuán poco sabéis aprovecharos de las inspiraciones y hablas del Señor; y cuántas veces os dice el Señor una cosa, y cuán presto la olvidáis sin la poner en efecto, siendo razón que cada palabra de Él os durase para toda la vida, sin ser menester decíroslo otra vez. Pensad cuántas veces pone Dios en vos buen licor, y vos, con tener vuestro corazón lleno de agujeros, se derrama muy presto lo que fuera razón que mucho tiempo guardárades: y algunas veces, siendo razón que cuanto Dios más consuela, tanto más no olvidemos de los consuelos de acá, y se pare nuestra ánima más cerrada y entera y dentro de sí, para otra vez recibir a Dios, acaezca consolándonos. Él hacernos livianos por nuestra propia liviandad, y derramar más nuestro corazón que estaba antes.

8 ¿Qué diremos de nuestras flaquezas sino que, bien examinado, no hay cosa que a derechas hagamos, y que antes era razón que de cualquier cosa que nos acaezca nos corramos de cuán defectuosamente va hecha, que pasarnos por pensamiento que hemos hecho cosa que sea de mirar? Claro es que si un paje sirve al rey, y no le hace bien la reverencia, que le castigan; si respondió, y no tan presto, castíganlo; si se tardó en el recado, también; y, en fin, no se contentan aquellos a quien servimos con que hagamos lo que dicen, sino que ha de ser bien hecho, para no avergonzarnos y reprendernos. Pues decidme, hermana, ¿quién de nosotros tiene a nuestro Señor la reverencia tan profunda como es razón? ¿Dónde está el adorar a tan altísima Majestad con un entrañable temblor, como lo hacen los del cielo, de los cuales se canta en la Misa: *Tiemblan los poderes?* ¿Dónde está la vergüenza que de aquel saber infinito tenemos, que sabe muy bien quien nosotros somos, y nos ve muy claramente?

¿Dónde la obediencia tan presta, que no esperamos que nos digan la cosa dos veces? ¿Dónde la discreción para saber servir y agradar? ¿Dónde el agradecimiento a sus inefables e innumerables beneficios? ¿Dónde, finalmente, el servicio del cuerpo y de ánima, que a tan gran Dios y Señor se le debe?

9. Cierto, quien ojos tiene para ver, no ve en sí sino una profundidad de miserias y faltas; y cuando a la noche se toma cuenta qué tal ha sido aquel día, otra cosa no halla sino males que ha hecho en hablar, obrar y pensar, o bienes que ha dejado de hacer por no haber amado a Dios y a los prójimos como debía, no haber sido agradecido a Dios, no haber sufrido a sus prójimos, con otra innumerable carga de cosas que había de tener y no tiene. Y si algo de bien ha hecho con el favor de nuestro Señor, halla o que lo ha maculado con soberbia o vanagloria, o con pereza, o con no responder como debía, o con otras dos mil faltas que Dios le da a conocer, y con otras dos mil que aun no las ve, mas cree que las hay, y por tal se tiene, y la menor parte de sus males cree que es la que conoce. Porque así como cree que Dios es más bueno de lo que él conoce, así también que él es más malo de lo que él alcanza. Y aunque Dios le hace mercedes, no se atribuye a sí cosa de ellas, sino las faltas que hizo en no responder ni aprovecharse de ellas como debía. Y esto es andar en verdad, dando a Dios lo que es suyo, que es todo el bien sin ninguna mezcla de mal. Y con esta consideración arraigada en las entrañas, como verdad dicha por la boca de Dios, desarrímase de sí como de *caña quebrada*, y anda siempre arrimado a Aquel que todas las cosas sustenta. Mírase a sí misma, y no ve sino qué llorar, y mira a Dios, en cuya bondad confía, sin temor de verse desamparada. Y como Él sea tan fiel, que no deja a los que a Él van, y tiene tanto cuidado de ellos, que antes faltará agua en la mar y luz en el sol, que la misericordia de Dios, por esto corren y vuelan, porque Dios los lleva; y no caen, porque Dios los tiene; no yerran, porque Él los rige; ni serán condenados, porque el Señor da su reino a los que son como niños.

10. Hermana, pues entended a vos, pues el Señor tanto lo quiere; y de todo lo que en vos pasare apartad la gloria para Dios, y la deshonra y vergüenza para vos; y poned vuestra esperanza de salir con lo comenzado, en aquel Señor que os puso en el camino, no cierto para dejaros en el medio de él, mas para lle-